

mayor de sus encantos, y hablar por el balcon es publicar nuestros amores. Yo quiero verte circundada de una aureola de respeto y de consideracion, y no habria de exponerte nunca á que te juzgasen, como se juzga casi siempre á la mujer en nuestra sociedad.

—Pero al menos pasarás á verme? le pregunté llena de ansiedad.

—Pasaré, te lo prometo; mas no me quedaré horas enteras contemplándote desde el zaguan de enfrente. Gozaria, es verdad, al mirarte; pero creo ridícula esa costumbre, y mucho más cuando se puede entrar á la casa.

Yo, á pesar de que estaba acostumbrada á hacer lo contrario que Víctor decia, no pude menos que reconocer la justicia de sus observaciones, y resignarme á adoptar nuevo género de vida. Abrigaba yo el firme convencimiento de que habria en último caso acatado mi voluntad, aun cuando fuese contraria á la suya, y confieso que hubo un instante en que cruzó por mi pensamiento la idea de sugetarlo á aquella prueba; pero no

lo hice porque reflexioné así: “Si Víctor simplemente hubiese pretendido ostentar su conquista, en vez de evitar que hablemos por el balcon, me lo exigiria él mismo.” Entonces, para expresarle de alguna manera mi gratitud, tomé su mano y la estreché con amor.

Junio 13.

Habia yo oido muchas veces que las personas preocupadas ó supersticiosas, atribuyen al número 13 una influencia fatal en los sucesos de la vida, y cuando álguien decia que habia experimentado en sí mismo los efectos perniciosos de ese número, me burlaba de la persona que proclamaba semejante absurdo. ¡Quién me hubiera dicho entonces que una triste casualidad habria de afiliarme entre los preocupados y supersticiosos!

Mi madre, me llamó á cuentas ayer. Como ya la esperaba, no recibí sorpresa alguna, y siguiendo los consejos de Víctor hablé franca y lealmente. Confesé nuestras relaciones, sin ocultar el menor detalle, y declaré que no habria en el mundo poder bastante á romper los lazos de nuestro amor.

Escuchóme con calma aparente, mi madre, y cuando hube terminado, me dijo:

—De la misma manera que yo te he oído, sin interrumpirte una sola vez, así has de oirme.

—Lo prometo.

Más de una hora duró aquel sermón. Así y no de otra manera debo calificarlo.

Todo él se redujo á probarme que la mujer debe sofocar los sentimientos de su corazón, cuando han sido despertados por un hombre de escasa fortuna; que debe preferirse á aquel que, mejor que otro, puede rodearnos de requizas; en una palabra, que debemos apetecer, como en la zarzuela de los *Sueños de oro*:

Un marido millonario
Aunque sea un animal.

En seguida, exaltándose, como jamás lo habia hecho, juró que me condenaria al desprecio y borraría de su corazón el amor que me profesaba, si persistia yo en mi propósito de unirme á Víctor. Ni uno solo de sus argumentos me pareció razonable: el interés será elocuentísimo para los avaros, pero no sabe persuadir á los enamorados. Tentada estuve á replicar, porque creia salir victoriosa en el terreno de la razón. Habria sido inútil, por una parte, y por otra, habia prometido no interrumpir á mi madre.

—Y bien, me preguntó, cuando se hubo agotado el arsenal de sus argumentos, y amenazas, ¿epinas aún como opinabas antes de oirme?

—No solo, contesté, sino que al adquirir el convencimiento de que el único defecto de Víctor, para vd., es no poseer la fortuna de Antonio, creo que ni Dios mismo puede reprobar que le adore con toda mi alma.

—Consulta á tu confesor, repuso mi madre. Hoy mismo debes hacerlo, y despues volveremos á hablar.

—Pero el Padre X*** está en México y tendria yo.

—Se encuentra en el Cármen hoy, interrumpió mi madre.

Comprendí entonces que ella habia tomado sus medidas, y aparente resignarme.

Mi resolucion, sin embargo, era la misma.

Fuí al Cármen, y encontré al Padre X***

Debo advertir que este sacerdote, cuya virtud respeto, vivia, puede decirse, de las limosnas que mi madre le daba.

El Padre estaba de acuerdo con mi madre y con Antonio.

Así lo comprendí al momento, y así lo habria comprendido cualquiera, si le hubiese escuchado. No hizo otra cosa mas que repetirme el sermon de la mañana, y hablarme despues de que Víctor figura en el partido liberal, de que es mason, y no oye misa ni mucho menos se confiesa.

—¿Pero es honrado? me atreví á preguntar.

—Lo ignoro; solo sé que es impío, contestó el Padre X*** y que no podrá casarse conforme á los preceptos de la iglesia católica, y que arrastrará á vd. al abismo del infierno.

Por el momento me turbé, y solo pude, despues de un rato de silencio, decir á mi confesor:

—Yo haré que Víctor se convierta.

Despues volví á casa, y noté que mi madre me aguardaba con ansia.

—Supongo, exclamó cuando estuvimos solas, que habrás entrado en razon.

—Madre mia, contesté; lo que ha conseguido vd. no ha sido otra cosa que enseñarme hoy lo que ayer ignoraba.

—¿Cómo!

—He visto á un sacerdote, respetable por mil títulos, convertido en agente de las pasiones de los hombres. El Padre X*** me ha repetido cuanto vd. me habia dicho ya, y hasta se ha atrevido á hablarme en nombre de Antonio. ¿Es acaso el confesionario para denigrar á unos y enzalzar á otros? ¿El sa-

cerdote, cumple sus santos deberes, poniéndose del lado del poderoso para abatir al débil? Pues que, ¿no ese mismo Padre ha predicado delante de mí la humildad? Entonces, ¿por qué hoy me ha ponderado tanto la posición social de Antonio? ¿No dicen que no hay obra más meritoria que la de volver al buen camino á la oveja descarriada? Si Víctor es mason, si no oye misa ni se confiesa, ¿por qué no me conceden la gloria de conducirlo á esas prácticas?

Nada me respondió mi madre, abrumada por el peso de mis preguntas.

En el resto del día no me dirigió la palabra.

Pasé una noche cruel, pensando que al día siguiente Víctor debía venir, pues así me lo había prometido, y era probable que estallase entonces la cólera de mi madre.

Bajo estos auspicios amaneció para mí el día 13 de Junio, es decir, el día de hoy.

No tendrá razon de ser esa conseja que atribuye penas y desgracias á la combinacion de un uno, y un tres; pero es lo cierto, que

el día más negro de mi vida, ha sido el día de hoy.

Serian las tres de la tarde, cuando Víctor entró.

Acabábamos de levantarnos de la mesa, mi madre y yo, que no habíamos cruzado una sola palabra durante la comida.

Iba á sentarme al piano, cuando ella me dijo con tono áspero:

—Si pretendes fastidiarme una vez más con el wals alemán, me retiraré.

—Iba á tocar la linda serenata de Schüber, contesté.

—Todo me es indiferente, agregó, lo único que me cansa y hastía es el consabido wals.

Nada respondí, porque en aquel instante anunciaron á Víctor.

—Que pase, dijo mi madre al criado; y dirigiéndose á mí, agregó:

—Puedes comunicarle hoy mi resolucion. Al efecto, dejaré á vdes. solos algunos minutos.

Con algo más que frialdad, correspondió mi madre al saludo de Víctor. A poco, bus-

có un pretexto, y nos dejó solos como me habia prometido.

Sin perder tiempo, comuniqué á Víctor lo que pasaba.

Me escuchó con visible emocion, y cuando hube terminado, dijo:

—A todo estoy resuelto; no habrá sacrificio que por tí no haga, si se exceptúa el de mi dignidad. Un hombre que se humilla, desmerece ante la mujer misma por quien se resigna á sufrir esa humillacion.

Nos hicimos mútuas protestas, y nos fortalecimos con ellas. A poco, volvió mi madre.

No bien hubo tomado asiento, cuando abor-
dó la cuestion:

—Rosalinda habrá dicho á vd. ya, que....

—Sí, señora, que reprueba vd. su amor.

—Más todavía; que estoy resuelta á poner término á esas relaciones que á nada bueno pueden conducir.

—No comprendo, repuso Víctor, cuál sea el sentido genuino de esas palabras

—Me explicaré con claridad. Mi hija no debe corresponder al amor de vd., porque

ella no podrá ser nunca su esposa. Creo que me habrá vd. ya comprendido.

—Sí y no. Descubro la voluntad de vd.; pero no comprendo cómo haya quien pueda pronunciar la palabra *nunca* con tanta seguridad y tanto aplomo, tratándose de la voluntad agena, cuando la de uno mismo es susceptible de cambiar.

—¿Olvida vd. que Rosalinda es mi hija?

—Al contrario: me fundo en esa misma circunstancia, para obrar de la manera que lo hago. Escúcheme vd., señora; escúcheme por unos instantes, y creo que nos evitaremos los tres la prolongacion de esta escena desagradable. Y no crea vd. que mi objeto es convencer á vd., no; yo sé hasta dónde alcanzan las fuerzas del hombre.

—Entonces ¿qué pretende vd?

—Poner de relieve la conducta de cada uno de nosotros, para que despues, la propia conciencia nos diga quién ha faltado.

—Prescinda vd. de semejante idea; es inútil; mi resolucion está tomada, y Rosalinda acatará mi voluntad.

Yo, que hasta aquel momento no habia desplegado los labios, y que me habia resuelto á no abandonar la sala, porque creia calmar con mi presencia la excitacion de Víctor, tuve que mediar, diciendo:

—Mientras la voluntad de vd., se limite á lo que es lícito pedir, á una hija, la acataré; pero si vd. pretende que olvide á Víctor, no será obsequiada, porque aun deseando yo complacer á vd., no lograria contrariar los sentimientos de mi carazon!

—¿Lo ha oido vd., señora? preguntó Víctor, lleno de digno orgullo al oir mis palabras.

—Supongo, repuso mi madre, sin atender á aquella pregunta, supongo que vd., caballero, me concederá al menos el derecho de recibir ó nó en mi casa á los extraños, y que Rosalinda, me concederá á su vez el derecho de prohibirle que vuelva á hablar con una persona á quien se lanza de aquí, como yo lo hago con vd.

No pude ya reprimirme, y dirigiéndome á Víctor, le rogué, con las lágrimas en los ojos,

que perdonase aquellas violentas palabras que no podian herirle en su honra, es verdad, pero que lastimaban su amor propio en aquel instante.

—¡Bien escudada se halla! exclamó Víctor. Es mujer, es madre de vd. Rosalinda, y se encuentra en su casa hablando con un extraño que sabe respetar, y mucho mas, respetarse.....

Así pasó todo lo que recuerdo.

Junio 28.

Quince dias hace hoy que no veo á Víctor. ¡Si al menos me hubiese escrito! ¡Si tuviera otras ideas! ¡Ah! yo no sé darme cuenta de lo que por mí pasa. Por una parte, culpa á Víctor, es decir, le acuso de haberme abandonado á mi suerte, sin intentar algun

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA
D. A. N. L.

recurso para verme ó hablarme; por otra, hállole digno alejándose de una casa en que ha sido ultrajado.

Durante estos quince dias, no hemos cruzado mas palabras mi madre y yo, que ante las visitas y ante los criados. Despues..... evitamos las dos encontrarnos frente á frente.

Mi padre lo sabe todo ya. Ella, á su manera, le refirió la escena del dia 13. Cuando él halló una oportunidad de hablarme á solas, me dijo con ternura:

—Cuéntame tú la verdad.

Lo hice, como si Dios mismo me estuviese escuchando.

—¡Pobre hija mia! prorrumpió mi padre; creo cuanto me acabas de referir, y te compadezco, y nada más.

—¿Pero vd., podrá, le argüí, abandonarme á mi suerte?

—¿Qué quieres que yo haga? ¿Ponerme de tu lado, y lachar con tu mamá? Esto, sobre convertir nuestro hogar en un infierno, sería inútil, puesto que Víctor es sobradamente digno para volver á poner los piés en

esta casa, despues de lo que ha pasado, al menos sin que se le diese una satisfaccion plena. Tú comprendes que esto es imposible, puesto que la que le ha humillado, moriria antes que conceder á otro la razon. ¡Ni á mí me la concede nunca!

—¿Entonces qué será de mí?—

—Calla, Rosalinda; oigo venir á tu mamá.

Por esta brevísima conversacion, pude graduar lo triste de la suerte que me estaba reservada. Mi madre, inflexible en contra mia; mi padre, incapaz de oponer su voluntad á la de ella; Víctor, subalternando el amor á otra pasion, porque la dignidad es para él lo que para mí el cariño: está sobre todas las cosas, á su juicio.

Acaba de comunicarme la costurera, de órden de mi madre, que esté yo prevenida para volver á México. Dentro de tres dias habremos abandonado este lindo pueblecillo, en que he gozado y sufrido tanto. Comprendo la idea de mi madre. Ella piensa que el paseo, el teatro, en una palabra, la vida de México, servirá para borrar de mi corazon

el amor de Víctor, y en verdad que se equivocaba.

En México podrá Víctor escribirme, y me verá con frecuencia.

Bendigo la resolución que ha tomado mi madre.

¡Adios, San Angel! adios pueblo encantador en que conocí las bellezas de la creación, y las dulzuras de un afecto que cautivando al alma, la hace feliz; que en sus mismas penas tiene delicias. Tal vez algún día vuelva á recorrer tus valles, á pasearme á la sombra de tus nogales, apoyada en el brazo del elegido de mi corazón. Conservaré tu recuerdo, como debe guardar el de la nave que le ha trasportado á mas bellas regiones, el viajero que llega salvo al puerto de que partió.

¡Hoy es el santo de Víctor, y no puedo brindarle un día de gozo!

México, Julio 7.

Recuerdo que una vez, al oír que un escritor se había atrevido á asegurar en un periódico, que México es UNA GRAN CASA DE VERGINDAD, nos indignamos todos, y declaramos unánimemente que quien tal decia, no habia tratado sino á la clase media de esta sociedad. Han pasado creo que dos años desde aquel día, y no habia vuelto yo á recordar esa frase, hasta hoy, y esto con el objeto de retractarme y conceder la razón á quien tal dijo.

Una semana ha trascurrido desde que abandonamos á San Angel, y no ha habido una sola persona de las que nos han visitado, que no se hubiese propuesto hacernos comprender qué estaba en el secreto de nuestra vuelta *inesperada*. Amalia*** ha llevado la cuenta de las visitas que Víctor me hi

zo en San Angel; sabe cuánto ha ocurrido desde la noche del baile, y se ha atrevido, haciéndose la formal y la juiciosa, á aconsejarme que obedezca yo ciegamente á mi madre. Carmen*** me ha asegurado que Amalia ha puesto sus miras en Antonio, y que ha llamado la atención en el teatro con su coquetismo: Luisa*** jóven metalizada, si las hay, me ha sacado la cuenta de lo que Antonio tiene que heredar, y ha establecido un paralelo entre él, y el orador, como llama á Víctor, aludiendo al brindis; terminando por decir, que mi novio actual podrá ofrecerme un hogar modesto, mientras que Antonio, casándose conmigo, establecerá *un tren magnífico*. Así, las demás amigas. En cuanto á los jóvenes, han referido mil vaciedades que no son para repetidas, y se han ostentado, como siempre, admiradores de los caballos, y con decidida vocación á cocheros. También han ocupado el tiempo en lamentar la poca concurrencia que ha habido estos últimos meses en las calles de Plateros, y en decir que, para su carácter, Paris sería

el único lugar á propósito. He puesto cuidado á la conversacion de las mamás, y he oido primores. Han hablado de que las buenas costumbres se están perdiendo del todo, porque la juventud masculina no oye misa ni se confiesa, debido á las ideas disolventes de la “Escuela preparatoria” en que se enseña á amar á la ciencia sobre todas las cosas; donde solo se cree aquello que puede probarse, y cuyos catedráticos no exigen, como en el Seminario de San Camilo, que comulguen los discípulos en su presencia y con la unción que ellos lo hacen. Han hecho la cuenta de los casamientos que se han verificado en el año; han referido los pormenores de varias rupturas entre novios, y han declarado, que á medida que México se ilustra, que hay mayor número de periódicos y librerías, como ellas llaman las bibliotecas, la condición moral de la sociedad empeora. Se ha pasado revista á las familias, se han enumerado los coches suprimidos, y hasta se ha especificado quiénes tienen sus alhajas en el Montepío.

La crónica ha sido extensa y general. Pero

eso sí, ni una sola de mis amigas, y de las de mi madre, ha hablado de su propia situación; la vida de los demás ha alimentado la conversación de estos fiscales cruelísimos.

¿No es esta la costumbre de las casas de vecindad?

Yo, que no necesito ocuparme de los demás, porque en mi misma encuentro ocupación, me admiro de que haya gentes que olviden lo que les atañe por lo del vecino, y me fastidio de una manera soberana, en medio de esta alta sociedad á que pertenezco, y quisiera mejor que nadie nos visitase, para tener lugar de entregarme á pensar en mi suerte.

Víctor no ha pasado una sola vez por esta calle. Tampoco le he visto en la Catedral las veces que he ido á misa. ¿Me habrá olvidado? ¿Estará fuera de México? ¿Deberé escribirle antes de que él me dé el ejemplo?

Mi padre se encuentra preocupado. Algo grave pasa en sus negocios.

Acabo de recibir una carta de Víctor. ¡Qué mal hice en dudar de su invariable amor! Dice así:

“A otra que no fueses tú, Rosalinda de mi alma, debería yo dar amplias explicaciones acerca de mi silencio, y me afanaría por vencerla de lo invariable de mi amor. Fácilmente llenaría pliegos enteros con protestas de cariño y juramentos de eterna constancia. Mas nada de eso necesito, cuando hablo á quien, como tú, conoce hasta lo mas secreto de mi alma, y sabe muy bien que en ciertas circunstancias no puede expresarse todo lo que se piensa, todo lo que se siente. Muéveme á escribirte, el deseo de que me indiques el camino que debo seguir; no me atrevo á ofenderte preguntándote si eres la misma Rosalinda que me dijo estas palabras: *“Hoy, siempre, y á pesar de todo, he de amarte.”*”

“Mi corazón me impulsa á una cosa, y mi dignidad me obliga á hacer otra. En esta lu-